

## A PESAR DE TODO

Querido Luis, amigo mío, hermano.  
No era, no podía  
ser como todos deseábamos.  
Es lo de siempre: se desea una cosa,  
se lucha por una cosa —a veces  
toda la vida y con todas las fuerzas—  
y en ella, o por ella,  
va uno dejando carne, sangre, invisibles  
fragmentos de uno mismo. Casi siempre  
con amor y fatiga, y esperanza y desánimo.  
Pero es así. Es lo de siempre, digo.  
Y así uno se hace hombre, y viejo.  
Algunos días de mal humor, de sombras  
—también por dentro existen las tinieblas,  
y van del corazón al pensamiento—...,  
digo que algunos días  
de mal humor, de sombras, uno siente  
el abandono de la propia alma.  
La despueblan y ocupan de punta a punta,  
de raíz a rama, el vigilante  
desasosiego, la desgana durmiente y solapada,  
la desazón a secas, el desaliento, el chasco.  
Todo junto, a la vez, como una misma muerte.  
Otros días, todo, todo eso es más grave:  
cuesta volver a donde estaba uno,  
olvidándolo todo, rehaciendo algo perdido,  
no muy claro quizá, pero sí hondo.  
Esos días se muere uno un momento,  
que a veces se reitera, se prolonga o se para,  
porque a saltos, a golpes,  
a puñados o a quedo,  
a gritos o a la sorda,  
a contrapelo o a desmuertas,  
a la mano de Dios o del diablo,  
cada uno construye su vida, y esa parte  
que es de todos y suya,  
la hace de veras, la sostiene

con las cosas eternas, altas, limpias,  
las que nos ennoblecen a diario  
humanísimamente.

Todos sabemos cuáles son. ¿Para qué repetirlas?

Como un calor, un frío, unos temblores,  
nacen nuevas, insospechadas, súbitas, un día,  
lejano ya, en el cual, de pronto  
empezamos a ver lo que de niños  
distinguíamos sólo,  
o eran no más palabras  
dichas respetuosamente por los mayores,  
que sonaban extrañas  
a nuestros juegos infantiles,  
a la sonrisa abierta  
con que cada mañana mirábamos el día,  
las cosas y la gente.

Lo importante no era darles alcance,  
sino buscarlas y pensar en ellas,  
embriagarse con todas,  
sin más ni menos para cada una,  
totales, íntegras, por dentro y fuera  
de nosotros. Conservarles la vida,  
defenderlas de lo pequeño y de lo grande  
constantemente. Sí, era lo importante.  
No hacer la vida con las justas palabras,  
sino hacerla con las palabras justas.

Pero se tardan años, Luis.

Se tardan muchos años en saberlo.

Años igual que lágrimas,  
lágrimas como años.

Porque son solamente palabras muy hermosas  
y nada más. Pero no importa.

Al principio se siente, de rechazo,  
algo parecido a la sed y la muerte;  
después, una honda desolación. Tarda  
en pasar todo esto,

pero pasa, y hace daño —¿para qué negarlo?—  
lo que tarda en pasar.

Que poco a poco se llevó consigo  
nuestras antiguas generosidades,  
las más puras,  
distintas de estas tan cansadas.

Luego,  
acostumbrados ya, pero sin tiempo,  
sonreímos un poco,  
tímidamente acaso,  
sintiendo una extraña vergüenza:  
la de pensar que llegaremos tarde,  
o que no llegaremos jamás, nunca.  
Pero aún buscamos, aún pensamos en ellas,  
aún creemos que son verdad y de verdad, que basta  
con alargar la mano  
para que al fin se cumplan.  
Pues sólo porque ya es muy tarde  
han de pasar por nuestro lado  
seguras esta vez, supervivientes, fáciles,  
de prisa, sí, porque son cosas  
que llevan algo nuestro, último.  
Porque era suficiente para eso  
que pensáramos hoy, ayer, en ellas  
y que nos desviviéramos  
buscándolas para hoy, para mañana,  
como ahora  
nos desmorimos en la espera y los años,  
aunque sepamos que se fueron  
delante de nosotros  
y nadie nos dejó, o no pudimos,  
alargarle las manos.

Y como siempre, como antes,  
hasta morir, nos empeñamos  
dando calor, sentido, imagen  
a esta tarea inútil,  
pero maravillosa  
de perseguir el viento.

FERNANDO GUTIERREZ